



Befana. Xilografía de José Sabogal.

➔ Humboldt el continente de la esperanza. Nuevos ojos adquirieron los europeos para observar la vida americana como refugio de la fatiga de vivir y del dolor del mundo que aquejaba a los europeos de su época. Aquí en América esperaba a los europeos una naturaleza y un mundo en toda su frescura y en el esplendor de sus fuerzas nativas, al margen de las formas marchitas del Nuevo Mundo antiguo. Aquí podía ya refugiarse el espíritu de los nuevos hombres europeos volcados hacia el futuro. Aquí podía realizarse la esperanza en una humanidad mejor.

Tratando del influjo de Humboldt sobre el proceso literario y cultural americano, se ha escrito, con acierto, que el propio Humboldt, con el don lírico que embelleció su obra, forma en Hispanoamérica escuela de prosistas. Es el primero en despertar el entusiasmo por la valoración cabal de la naturaleza americana. Pero

su paisaje no era simplemente el cuadro exacto que veía en la naturaleza. Sus dotes de poeta perfilaban los contornos, trazaban los relieves, adornaban románticamente los rasgos naturales. Ello no lo habían hecho nunca los viajeros que lo precedieron ni muchos de los subsiguientes. Constituían sus descripciones y dibujos una mimesis interpretativa. Por algo sus obras más populares se titulan “cuadros” y “vistas”. Resume en ellas la mirada del hombre que ama lo que ve y no simplemente que transcribe fríamente, que no sólo reproduce la naturaleza sino que establece la armonía de la naturaleza con los seres animados que la pueblan. La suya no es solamente la mirada que analiza sino además la mirada que, llena de sensibilidad, traduce con amor y con goce.

Hemos demostrado en otras páginas que Unánue, gran amigo de Humboldt y su contemporáneo de seme-

jante estructura espiritual, era ya en los finales del siglo XVIII un precursor del romanticismo en sus escritos de juventud. Humboldt afirma la misma tónica con toda su autoridad de sabiduría y con el respaldo de sus afanes científicos. Humboldt no sólo contribuye a descubrir un sentimiento en la naturaleza americana sino que va más allá, esto es, que desflora un motivo nuevo y romántico en la belleza natural y en el habitante típico, en el indio, adentrado en su espléndida tradición y en su angustia de hombre auroral. Debemos por eso reconocer en Humboldt la calidad de gonfalonero en el proceso de creación de una literatura propiamente americana, cuyo surgimiento y desarrollo es símbolo de una venidera nueva concepción de mundo y de una naciente cultura americana. ■

## LA BUENA ARISTÓCRATA

Víctor Hurtado

Las tres gracias son cantar como Javier Solís, escribir como Francisco de Quevedo y saber como Martha Hildebrandt. Lo perfecto es ejemplo de lo bueno. De Hildebrandt ya venerábamos *Peruanismos*, libro sabio, ameno y decidor; ahora nos entrega *El habla culta (o lo que debiera serlo)*<sup>1</sup> para la edificación del curioso pertinente.

El libro salva 151 artículos que se iban al olvido en los barquitos de papel de los periódicos. Hoy están aquí, y los amigos del buen decir pueden ya leerlos como un libro de horas. Ha hecho bien Martha Hildebrandt pues su libro da justa guerra al desprecio oligárquico de dejar que el pueblo hable como quiera porque -pretextan algunos- “el pueblo hace el idioma”. Esta sentencia es media verdad; pero recordemos que la otra parte de la media verdad siempre es una mentira.

El “pueblo” no habla como quiere, sino como puede. Quien habla como quiere es la persona culta ya que puede adaptarse con facilidad a diversas formas de expresión. Andar escaso de palabras, de sinónimos, de significados, de construcciones idiomáticas, no es “hacer el idioma”, sino -en el mejor de los casos- hacer milagros con lo poco que se conoce del idioma. El pobre obra prodigios para expresarse con exactitud, así como hace milagros en la cocina con unas sobras de comida.

Populismo reaccionario es elogiar la “creatividad” del pobre en la cocina, en vez de denunciar la maldita pobreza que lo obliga a ser tan “creativo”. Lo mismo ocurre con el lenguaje: en vez de encomiar el ingenio de los pobres, deberíamos hacer todo para que los pobres sean ingeniosos dominando la cultura de los ricos. En un mundo donde la mayoría es una molestia (los pobres son esos que siempre tienen hambre cuando estamos almorzando), es también necesario que quienes poseen menos monedas no conozcan también menos palabras.

Toda la vida de Martha

Hildebrandt ha sido porfiar contra aquella suerte de populismo, de peronismo lingüístico que deja que, cuando habla y escribe, la gente se las arregle como pueda. Los predicadores de esa “libertad” intentan, ellos sí, hablar bien y se horrorizarían si el maestro de sus hijos diera a estos la potestad de escribir *sapato* porque el pueblo no está seguro de que la zeta - como el sur- también exista. Hildebrandt responde así a tanto amante de la lectura diferida: “Para minimizar el valor de la palabra, es necesario tener buen conocimiento del lenguaje”. El populismo del lenguaje aparece cuando el que no entiende quiere enseñar al que no sabe. El populismo es el *coitus interruptus* del socialismo, y así en todo.

El mal aristócrata sabe lo que sabe y se lo guarda, y se ríe del pueblo que ignora ortografía -entre otras cosas-; en cambio, Hildebrandt es buena aristócrata pues trata de que los demás sepamos tanto como ella. Ya el anarquista Juan Ramón Jiménez dijo que la democracia solo debe ser un paso en el ascenso hacia una sociedad de aristócratas, en la que todos seamos excelentes.

Martha Hildebrandt es una mujer endiablidamente inteligente -autoritaria, imprevisible, desafiante- que ha hecho más por la cultura idiomática de su país que todos los políticos de izquierda juntos, quienes ya han llegado al socialismo del idioma porque no saben hablar con propiedad.

Tres méritos principales habitan en *El habla culta*: el oído atento al decir de la gente, la erudición para dilucidar el uso idóneo, y la amplitud para aceptar los cambios del habla. Aprendamos este libro. Hablemos, escribamos bien; no demos, a quienes nos desprecian, el gusto de sabernos ignorantes. ■

Agosto de 1999.

<sup>1</sup> Martha Hildebrandt: *El habla culta (o lo que debiera serlo)*. Editorial PEISA, Lima, 2000.